

En el Limbo

Si se quiere que la evolución social se realice de una manera útil, hasta conseguir el ideal de mayor justicia y bienestar, es preciso comenzar por la reforma de todos y cada uno de los individuos.

Pretender que el hijo del campesino, que no pasa por la escuela ni aprende el catecismo, tenga cultura suficiente para perdonar una ofensa, resignarse a comer pan y patatas trabajando todo el día para un hombre de menos fuerza corporal que él, pero que come mejor y se divierte más, en virtud de unas leyes que hacen los hombres y los hombres pueden deshacer, es de una inocencia tan encantadora, que dan ganas de estampar un par de besos en las sonrosadas mejillas del angelito que tales ideas de bondad y candor profesa.

Oh, alma sencilla que has pasado por el lodo de la realidad y las blancas alas de tu inteligencia no se han contaminado con la bajez del egoísmo humano! ¡Serías sublime, si no fueras necia! El hombre, desde que nace hasta su último suspiro, está inclinado al mal por tres fuerzas que actúan sobre su pobre corazón, el deseo de gozar, el deseo de honores y el deseo de riquezas.

Para que el hombre no obra mal, hay que ponerle uno de estos contrapesos: El miedo a las penas del infierno; terribles y eternas. *Religión.*

El miedo a los castigos y privaciones temporales. *Código Penal.*

El miedo a lo que de él piensen y digan los demás. *Opinión pública.*

El miedo a despreciarse a sí mismo. Honor, Dignidad, propia estimación.

El valor moral del hombre se mide por la impresión que en él producen estas cuatro barreras; cuanto mayores sean y más profundos sus cimientos en su corazón, más fácilmente obra el bien y se aparta del mal.

Las pasiones arrollan fácilmente a las tres últimas; la religión se defiende más, según que las raíces de la Fe estén más o menos fuertes.

De ahí el interés que pone el que induce a otro al mal en hacerle irreligioso. Dios no se mete en eso, eso no es un crimen, ¿quién lo va a saber?, eso no es malo.

Quitad la Religión del corazón del hombre y el cálculo es el siguiente. El robar y el matar es malo porque lo prohíbe la ley. La ley la hace la mayoría en el Congreso, seamos mayoría en el Congreso y establezcamos apoderarnos de los bienes que ahora tienen otros y si estorban los matamos, haremos las leyes que nos convengan.

Eso enseña la escuela laica, eso enseña la escuela neutra, eso enseña hoy el republicanism y socialismo, según lo entienden en España.

¡Propietarios, industriales, comerciantes, personas de orden! No queráis engañaros; o ayudáis con todas vuestras fuerzas a la difusión y propagación del catolicismo, o el anarquismo os destruye.

El que piense en otra cosa está en el más feliz estado de simplicidad en el Limbo, merece ser demócrata sin colocación.

Lamentos

Hasta hace poco el oficio de poeta o de trovador era un oficio tan grande, tan divertido y tan bueno, que en haciendo seis quintillas o simplemente un soneto hablando de Sigerico, de Colón o de Espartero, te daban cien mil pesetas, u ochenta mil a lo menos, y te hacían en Sevilla o en Berlín un monumento, y te cantaban un himno los chicos de los colegios. Como estrenases un drama te aplaudían en exceso y te ponían coronas con lirios y pensamientos y te echaba doce «vivas» entusiastas el bombero que está prestando servicio

por si hubiera algún incendio! Así es que cualquier poeta que estrenase un drama en verso se hacía con cien mil duros y hasta con más al momento y como no había día, que no tuviese dineros podía irse uno los jueves en carretela a San Pedro, y entrar a todos los «bares» a tomar algún refresco, sin perjuicio de irse en julio a estarse la mar de fresco en cualquier playa elegante de no postín «ultramoderna». Total, que luego llegabas, en cuestión de poco tiempo, a ser ministro de Hacienda, de Instrucción o de Fomento y hasta a veces Presidente del mismísimo Consejo. Pero hoy está esto muy malo; nadie hace caso a un coplero; así escribas un romance hablando de Ballesteros o pongas todas las obras de don Julio Verne en verso, no tendrás para un cocido ni en verano ni en invierno. Estrenar? Cá, ni intentarlo. Estrenar! ¡Quién piensa en eso! Lees una obra diez veces a la compañía en pleno y terminan muy campantes por enviarte a paseo, aunque lleves influencias del Senado y del Congreso. Coronas ahora? Pal gato, Monumentos? Ni en proyecto, En carretela? En la vida. A veranear? En Pacheco. Nada, nada de este modo no tenemos más remedio todos los que estamos malos de la cabeza y hacemos coplejas y romancillos, que meternos a sereno o a guardias de esos de casco o aunque sea a barrereros. ¡Lo primero es la judía! ¡Todo antes que estar comiendo «de fiambre» a todas horas y haciendo entretanto versos!

F. CASTAN PALOMAR.

Se vende

papel viejo de periódicos, en esta imprenta

Plaza de los Tres Reyes, 2

Cosás del «Reporter»

Un espía español

EL CUERPO DEL DELITO

Es regocijante, y más en estos días de previa censura, el caso que pintorescamente cuenta a continuación nuestro colega «La Gaceta del Norte».

El caso, completamente histórico y comprobado ya por relatos

que vemos en la Prensa francesa, es un poco difícil de contar. Pero, ¡qué caramba!, los lectores y nosotros formamos ya una gran familia, y en familia podemos contar lo que le ocurrió a don Antonio Sánchez Rojas, sin más miramiento que el de rogar a cada uno de ustedes que vaya «supliendo con la imaginación los detalles que estime por conveniente. Cuanta más imaginación, más interesante este drama del espionaje.

Pues bien; D. Antonio Sánchez Rojas, vecino de Madrid y hombre de negocios, necesitaba terminar uno en Francia. Pasaportes, documentos, todo estaba en regla. ¡Al tren! Y con el corazón abierto al optimismo, don Antonio llegó a Irún sin el menor contratiempo. Pero también los hombres de negocios tienen apremios fisiológicos. En marcha se ponía el tren camino de Hendaya, cuando don Antonio daba una carrerita por el pasillo y llegaba, un poco pálido y visiblemente inquieto, al lugar en que se hacían las diferencias sociales quedan niveladas. Se ha cerrado la puerta. ¡Estamos ante el misterio!

Unos minutos separan a Irún de Hendaya. No fueron bastantes para que don Antonio diese feliz término a su gestión. Y así aconteció que al detenerse el tren y y revisar lo minuciosamente las autoridades francesas, viese con zozobra que no cedía la puerta del W. C. y que, ante la insistencia y apremios de los gendarmes, contestase desde dentro una voz cavernosa y como ahogada con un: —¡Ahora voy!, lleno de angustia.

Se montó una guardia. Se esperó con la cachaza con que la Policía de todo el mundo espera a la víctima.

Agil, sonriente, feliz, salió al pasillo don Antonio.

Con esa sagacidad, propia también de la Policía, se le preguntó:

—¿Qué hacía usted ahí?
A don Antonio le pareció necesario haber una relación prolija, y contesta con una sola palabra que